

EXIGENCIAS Y RAZONES DE LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

¿Cómo se puede renovar sin cesar la Iglesia santa? El concepto de reforma de la Iglesia tiene diverso significado para protestantes y católicos, porque parlen de una idea distinta de la santidad eclesial.

Comment l'Eglise sainte doit se renouveler sans cesser, Irénikon, 34 (1961), 322-345

PROBLEMÁTICA DE RENOVACIÓN

Ambiente católico

Es hoy corriente entre los católicos un deseo urgente de cambios y mejoras en la Iglesia. Deploran sobre todo, más que las mismas deficiencias morales de los hombres de Iglesia, las faltas de adaptación a las exigencias de los tiempos.

Este ambiente generalizado de renovación se debe, primariamente, al modo histórico de pensar de los hombres del siglo XX. Una larga experiencia del pasado nos lleva a situar cada acontecimiento y cada estado de cosas en el conjunto de la totalidad histórica, en que se condicionan genéticamente. Además nos interesa especialmente lo social. Así, necesariamente, sopesamos antes que nada las responsabilidades y consecuencias históricas de las ocasiones frustradas y de la falta de respuesta a lo que el tiempo pide.

Por otra parte la pujanza del despertar misionero ha traído un conocimiento más real del mundo que se ha de evangelizar. De hecho las ansias de renovación parten hoy, no de una crisis intelectual, sino de una clara conciencia de la situación real de la vida religiosa y de la inadecuación de muchas cosas en la Iglesia.

Esa inadecuación depende, como he analizado en Verdadera y falsa reforma de la Iglesia, en primer lugar, del hecho patente de que vivimos en un mundo nuevo y de que muchas cosas en la Iglesia no se han adaptado a él y corren el riesgo de volverse ineficaces. En ese mundo la Iglesia ha perdido el lugar de privilegio en la vida pública que gozó en otras épocas. Ha de buscar, pues, el camino de testimonio y presencia. Mundo nuevo también en el sentido de que no ha sido conformado por la Iglesia, sino que es profano, laico, violento, hipersensible.

Ese mundo laico y ateo no puede tolerar deficiencias y mediocridades de la Iglesia que antes quedaban veladas por el respeto y el prestigio. Se ha agudizado una crítica terrible contra las actitudes y cosas sagradas: por la filosofía del XVIII; en el XIX por las ciencias históricas; ahora por el marxismo. Hoy se le exige a la Iglesia una transparencia y sinceridad totales. Es pues evidente que en esas condiciones muchas de nuestras cosas exigen revisión.

Puntos de vista de los separados

Para nuestros hermanos separados la cuestión de una renovación de la Iglesia se sitúa sobre bases muy diversas. Su visión de la Iglesia fluctúa entre un divinismo a ultranza que no admite colaboración humana, y un humanismo que olvida demasiado la intervención de Dios.

Los ortodoxos, aunque ellos mismos tratan de adaptarse, reprochan a la Iglesia Romana una excesiva adaptación que la habría llevado a aceptar demasiadas novedades. Parten de una concepción divinista de la Iglesia: la Iglesia como cielo sobre la tierra. Desde otra vertiente nos achacan también una concepción excesivamente jurídica y hasta mecánica de los carismas jerárquicos. Quieren una Iglesia en que el esfuerzo ascético, fuera de toda institución, intervenga en el ejercicio de las funciones jerárquicas.

El anglicanismo, por el contrario, se basa en un sentido de lo humano en la Iglesia. Sus fundamentos son la Escritura, la Tradición, pero también y muy especialmente, la razón y la historia. Protesta por eso contra toda pretensión de infalibilidad, impecabilidad y perfección de la Iglesia. Y llega así a las mismas conclusiones que los protestantes continentales, pero desde principios opuestos.

Porque la Reforma continental se quiere articular bajo el signo de la soberanía absoluta de Dios. Cree así que la Iglesia Católica ha querido suplantar la primacía e iniciativa total de Dios en la salvación. La Iglesia Romana, para el Protestantismo, habría rechazado la Palabra de Dios, y se habría constituido en norma de sí misma. A este respecto es significativa la frase de Lutero a Prierias: "No sé qué quieres decir llamando a la Iglesia Romana la regla de fe. He creído siempre que la fe era la regla de la Iglesia Romana y de todas las Iglesias". O la crítica de Barth a la noción católica de Tradición: la Iglesia no haría otra cosa que dialogar consigo misma. La Reforma quiere mantener una tensión entre la Iglesia y su norma.

En ese mismo sentido se nos acusa de abolir la distinción entre Iglesia y Reino, al hacer de la Iglesia el comienzo del Reino y establecer una adecuación entre lo que la Iglesia de hecho es y lo que debería ser.

Todavía ese mismo sentido tiene la concepción protestante de las propiedades de la Iglesia. Para los católicos, la unidad, catolicidad, apostolicidad y santidad se dan ya actualmente en la Iglesia: no de manera perfecta, al menos tratándose de la catolicidad y santidad; pero la unidad y la apostolicidad están ya, para nosotros, actualmente, desde siempre y para siempre. Para los protestantes, en cambio, la Iglesia terrena no es sujeto de esos atributos. Su único sujeto adecuado es Jesucristo y sólo Él. La Iglesia, dice Barth, no tiene su ser en sí misma -pretenderlo es la equivocación de los católicos-, sino en Jesucristo. En ese sentido sólo podríamos llamar una a la Iglesia que es en Cristo pero esa Iglesia no se identificaría con ninguna forma terrena. En la tierra sólo puede, según se afirma en el Consejo Ecuménico, tender a manifestar esa unidad en Cristo. La Iglesia indefectible es para Lutero sólo la de los verdaderos fieles, oculta y espiritual. La santidad misma no sería una propiedad ontológica de la Iglesia: la Iglesia es, como sus fieles, "simul iusta et peccatrix; peccatrix in re, iusta in spe". Tampoco la apostolicidad vendría garantizada por la institución de la Jerarquía por Cristo, sino por una tensión constante de fidelidad a la palabra de los Apóstoles, tal cual aparece sólo en sus escritos.

Todos esos puntos de vista protestantes convergen en una tensión y dualidad entre la Iglesia histórica y la Iglesia ideal; entre la Iglesia jerárquica y su norma.

La parte de verdad

Esas consideraciones de la Reforma merecen ser tenidas en cuenta. De nuestra parte se ha tendido quizás a reducir demasiado la distancia entre la Iglesia jerárquica y su modelo; entre la terrena y la de los últimos tiempos; entre el sacramentum y la res, como dirían los escolásticos. Nuestra Eclesiología, por ejemplo, ha estudiado mucho las funciones jerárquicas y su poder santificador. Pero lea dejado de subrayar quizás sitie no toda la acción de Dios pasa por esos órganos, sin que por eso le exijamos que niegue o disminuya su eficacia privilegiada.

En la misma línea, los protestantes nos reprochan una concepción de la Iglesia como Cuerpo de Cristo que entiende esa cualidad como una continuidad y una cierta identidad. Quieren otra Vez hacer resaltar, frente a cualquier género de identificación, una tensión y dualidad. Podría la teología católica insistir también en otra imagen bíblica de la Iglesia, complementaria de la del Cuerpo, la de Esposa. Imagen de dualidad y subordinación en el amor: la Iglesia, como Esposa, está frente a Jesús como frente a su Señor y Maestro; Cristo es Jefe de la Iglesia, como el hombre de la mujer. Por lo demás esta noción de Cristo-Jefe no es en San Pablo una elaboración de la idea de Cuerpo, sino un dato temáticamente autónomo. Autonomía que no pierde cuando se relaciona con la idea de iglesia-Cuerpo. ¿No es verdad que, desde San Agustín, la idea de "Cristo integro, Cristo todo; Cristo y la Iglesia, un hombre" ha flecho demasiada sombra al tema de la Iglesia-Esposa, tema de dualidad y subordinación? Se ha interpretado Ef 5,22-27 en el marco de los versículos 28-31, es decir, en el marco de Esposo y Esposa, una carne.

Aunque también es cierto que la Reforma ha ido más allá de esa dualidad de sujetos. Ha puesto una dualidad sujeto-objeto. Para los protestantes sólo Dios es sujeto. La Iglesia, como el cristiano, recibe siempre, pero no posee como sujeto ni el mismo don de la gracia que se le da. Es insistamos, simul iuxta el peccatrix. Sólo es santa la Iglesia de la consumación tic los tiempos. El Catolicismo, ha dicho Barth es verdadero escatológicamente

Esta eclesiología protestante. -¿eclesiología o más Mece soteriología?- supone tila concepción de la Iglesia como suma de individuos Cristianos, y un desconocimiento de la Iglesia tomo persona supraindividual y trascendente, es decir de la Iglesia Esposa-Madre, como misterio de tipo sacramental. Estos principios de la Reforma inspiran dos tesis que encontramos constantemente en nuestro diálogo con los protestantes: Ecclesia semper reformanda y la idea de prevaricación posible en la Iglesia, que entraña el deber del arrepentimiento. Tesis que disgustan a los ortodoxos por las mismas razones que a los católicos: parecen desconocer la cualidad de Cuerpo y de Esposa de Cristo que posee la Iglesia por gracia.

Si la posición protestante tiene tales raíces teológicas, se comprende por qué la cuestión de la pecabilidad de la Iglesia, de lo humano y lo carnal, de lo semper reformandum, tiene tanta importancia en el diálogo con nuestros hermanos protestantes.

PRINCIPIOS DE SOLUCIÓN DESDE UNA ECLESIOLOGÍA CATÓLICA

La Tradición no nos da una respuesta plenamente elaborada a la cuestión del pecado y de la perfectibilidad de la Iglesia. En los escritos de los Padres se encuentran, junto a afirmaciones sobre la santidad o la perfecta pureza de la Iglesia, otras que la califican de pecadora, e incluso de fornicaria. Aquí no expondremos el modo cómo armonizan esas dos series de afirmaciones, algo que abordaremos la cuestión en sí misma.

La Iglesia es paradójica: hay que considerar siempre dos términos en el estatuto de su existencia. La Iglesia es de arriba y de abajo, santa y de pecadores; hecha por el acto soberano de Dios, ha de ser realizada por los hombres en la historia.

Iglesia santa y de pecadores

Santa es el primer atributo que se le dio a la Iglesia. En la profesión de fe bautismal Santa Iglesia estaba ligado a Santo Espíritu. El sentido dominante de la expresión es: cosa de Dios, suscitada por Dios y para Dios. Para los protestantes el sujeto de esa santidad es sólo Dios. El punto de separación entre la dogmática de la Reforma y la católica estriba en la distinta manera de concebir las relaciones entre Trascendente e inmanente, Eternidad y tiempo, Dador y don. Cuando los protestantes se liberan del falso sistema de separación, llegan a fórmulas que, bien entendidas, se podrían aceptar. Así ésta de dos pastores: "Afirmar la santidad de la Iglesia y la infalibilidad de sus dogmas, no es excluir el pecado de ella, el pecado de sus miembros, incluso obispos o Papa, es proclamar la indisolubilidad de la unión de Cristo con la Iglesia". (Citado por Villain. - Introduction à l'Oecumenisme).

La Iglesia no se reduce, como quieren los protestantes, a una suma de pecadores perdonados, pecadores en realidad, justos en esperanza. En el Nuevo Testamento la Iglesia no se nos presenta como una yuxtaposición de individuos, sino como un cuerpo, una viña, una esposa, como un templo o un edificio, como una majada: realidades orgánicas, con existencia y propiedades originales en relación a sus partes. Un árbol es otra cosa que el total cuantitativo de sus ramas; un Marco es algo más que el conjunto de sus piezas; del hecho de que todas y cada una de sus partes sea más pesada que el agua, no se puede deducir que el barco se hundirá. Así existe un aspecto real en el cual la Iglesia terrestre puede llamarse santa e inmaculada. Según la fórmula de Journet: "Iglesia formada por pecadores, pero Ella misma no tiene pecado. "

Es cierto que la Iglesia del final del tiempo es toda pura: en el cielo no habrá nada manchado. (Ap 21, 27.) Pero esa Iglesia se prepara y existe ya aquí abajo. Y se construye no solamente por los dones de Dios, sino también por la respuesta del hombre a esos dones. Esa respuesta no es jamás adecuada a la gracia, porque todos los hombres son pecadores excepto la Virgen María, que es la personificación concreta de la Iglesia Santa. Lo que es válido para Dios hay en esa respuesta humana al don de Dios, construye la Iglesia para la eternidad: eso es en verdad la Iglesia. Dios lo ve y lo sabe. La Iglesia para Él no es más que esa parte santa. Pero nosotros no podemos conocerla más que imperfectamente. Lo que nosotros llamamos Iglesia es la comunidad visible de los que profesan creer en Dios y en Cristo, han recibido el bautismo y viven en la institución gobernada por los obispos y por el Papa. Sobre esta realidad histórica, no

sobre la comunión de los santos, se plantea el problema de la pecabilidad. ¿Hay mal en esa comunidad?

Se podría distinguir entre pecados (en sentido moral y propio) y limitaciones, retrasos, faltas históricas (miserias). Pecados propiamente dichos (sentido moral) no pueden encontrarse más que en una persona individual; por tanto, no son pecados de la Iglesia como tal, ni como persona colectiva, ni desde luego como esa realidad traspersonal y trascendente que es la Esposa de Cristo.

No se le puede atribuir a una comunidad un acto moral. Pero se le pueden atribuir faltas, retrasos, incomprensiones, mediocridades. Así, tratándose de la Iglesia, se podría completar la fórmula de Journet (santa, de pecadores): a la Iglesia no le pueden ser imputados pecados morales, pero sí deficiencias históricas. Si a una colectividad le achacamos todo un conjunto de faltas históricas -por ejemplo desaciertos en una política concreta- lo mismo vale analógicamente de la Iglesia como comunidad de creyentes gobernada por la Jerarquía. Aunque los pecados morales, de que esas faltas provienen, no podrán ser atribuidos a la Iglesia, sino a aquellos de sus miembros que los hayan cometido. Como en las naciones, de ellos serán responsables de una manera particular las clases dirigentes e intelectuales. Distinguir no es separar: no se puede negar la estrecha conexión entre los pecados (que tienen como autores las personas) y las miserias (de que la Iglesia, concretamente considerada, puede ser sujeto).

Iglesia hecha y por hacer

Otro rasgo importante de la visión católica de la Iglesia: su catolicidad supone dos fuentes, la plenitud de Cristo y la plenitud virtual de la humanidad; es una Iglesia hecha por Dios y que han de hacer los hombres. La Iglesia se plenifica en Cristo, pero a su vez plenifica Ella a Cristo: la cual es el cuerpo suyo, la plenitud del que recibe de ella su complemento total universal (Ef 1, 23). Jesucristo es el templo (Jn 2, 21), pero la comunidad eclesial es ese mismo templo que se ha de construir de piedras vivas hasta que alcance su dimensión perfecta (Ef 2, 19-22; 4, 7-18). La Iglesia está hecha en Cristo, pero debe hacerse en los hombres.

La condición terrena de la Iglesia es, pues, paradójica: comporta dos términos antagónicos y sin embargo necesarios: Encarnación y Parusía o Escatología; Pureza y Plenitud.

Encarnación y Parusía. Todo se debe en la Iglesia a la libérrima iniciativa salvífica de Dios. Pero debe tender todo, por la colaboración de los hombres, a la edificación del cuerpo de Cristo hasta que lleguemos todos a encontrarnos en la madurez del varón perfecto, a un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo (Ef 4, 13).

La realización de este programa somete a la Iglesia a la temporalidad e historicidad humanas. Esto significa que no puede prescindir del tiempo y de largas preparaciones y condicionamientos para el desarrollo del Evangelio en el mundo. Piénsese, por ejemplo, en el tiempo y las transformaciones exteriores que prerrequirieron ciertas implicaciones sociales del Evangelio, como la supresión de la esclavitud, etc.

¿Se puede decir que la Iglesia ha realizado ya todo el contenido del Evangelio en materia de paz, por ejemplo, o de fraternidad humana? ¿Cuánto tiempo necesitará?

Este sometimiento al tiempo y a la historia configura a la Iglesia con un carácter militante. Porque en la historia sólo se progresa por la contradicción y la lucha. Y le exige también mantenerse alerta a la marcha de los tiempos y a los grandes cambios del mundo, siempre en estado de misión, con una idea dinámica de sí misma, lejos de toda pasividad y timidez. Desde estas consideraciones se justifican los deseos de adaptación y renovación que vivimos hoy.

Pureza y plenitud. El movimiento por el cual la Iglesia procura realizar su catolicidad depende también del movimiento y desarrollos de la historia humana: debe sacar de esa historia las piedras para la edificación del templo de Dios.

Pero a la vez esa historia le acecha como un peligro de sincretismo y mundanización, que algunos protestantes han creído ver como una alternativa constante de la historia de la Iglesia. Habría así oscilado en un proceso de sincretismo y reformas. Rechazamos esa afirmación en el nivel doctrinal, pero en el de la vida y actividad concreta de la Iglesia hay algo de verdad. Piénsese si no en la serie de reformadores religiosos, renacimientos teológicos etc. Es como una pugna constante entre pureza y plenitud. Para desarrollarse, la Iglesia tiene que asimilar y sumergirse en las corrientes del mundo, con riesgo de perder su pureza. Porque su desarrollo no ha de ser un simple crecimiento mundano, sino un crecimiento en Cristo: su máxima plenitud es la pureza de su Principio. Este proceso no es una evolución: una renovación de la Iglesia es siempre un juzgar el presente a la luz del Principio.

Esa vuelta al Principio, a Jesucristo, que importa toda renovación de la Iglesia, no puede quedarse solamente en el nivel de las ideas, con ser tan importante. Ha de trascender también al de la vida cristiana. S. S. Juan XXIII lo sabe bien cuando para un Concilio que pretende una inteligente modernización de la Iglesia, señala también como finalidad una renovación de los cristianos.

Renovación auténtica

Si la Iglesia no se renueva a sí misma, corre el peligro de que impacientes reformadores lo intenten por cuenta propia erradamente, en nombre de la pureza y del retorno a las fuentes. Los protestantes, aun hoy día, achacan a la Iglesia una excesiva tolerancia con las aportaciones de la historia y su paganía. Jean Guitton ha podido caracterizar el catolicismo como una voluntad de plenitud, y el protestantismo como una búsqueda de pureza. Si se dan dos actitudes que expresan dos temperamentos, se las puede ver coexistir también en el interior del catolicismo. Pues dentro del catolicismo hay una tensión entre fidelidad al Principio y universalidad; entre santidad, que es sentimiento de separación del mundo, y catolicidad, contacto y expansión en el mundo.

Hay católicos celadores de la pureza de los principios, o de lo que ellos erigen en principios: formulaciones teológicas, formas litúrgicas, estilo eclesástico de vida, etc. Ignoran el mundo y sus exigencias, no perciben que una fidelidad al verdadero Principio les obligaría a sobrepasar esas formas relativas e inadecuadas.

Pero también se da, de hecho, otro estilo de innovadores, ignorantes de que la renovación eclesial ha de ser siempre un remontarse al Principio. La plenitud de la Iglesia es a la medida de Cristo, no del mundo. La adaptación tiene por tanto un límite.

Entre ambos extremos se ha de abrir paso un tercer género de hombres, apartados del mundanismo que mixtifica la verdad de Cristo y de un falso puritanismo que absolutiza lo transitorio y mudable. Hombres renovadores en la fidelidad y por fidelidad, con voluntad de traducir el inmutable Evangelio de Jesucristo a formas adaptadas e inteligibles al tiempo en que se nos ha concedido ser sus testigos.

Tradujo y condensó: VICENTE MARQUÉS RUIZ